

¡BENDITO SEA EL DIOS DE LAS MISERICORDIAS!

Al ver la negra tempestad que envuelve nuestro suelo: al oír los rugidos del huracan que se desata sobre nuestras cabezas: al sentir crugir bajo las plantas los hondos sentimientos de la sociedad: al ver que el desapiadado verdugo descarga la poderosa maza sobre el débil vencido, y que la paz huye de nosotros, murió en mi corazon el feble rayo de esperanza que le daba vida, quedando sepultada mi felicidad en los escombros de sus ensueños.

Envuelto en las densas tinieblas del porvenir, sumergido en el horrendo caos de la incertidumbre y aterrorizado por el espectro de nuestras futuras desgracias, he pasado dias amarguisimos, que yo llamaria siglos. En tanto, el Padre de los astros, fiel testigo de nuestros sufrimientos, se alejó de nuestras regiones; mas al llegar al trópico, detiene su majestuoso paso, recuerda nuestra felicidad de otros años, y presuroso viene á iluminar este glorioso dia, en que unidos como hermanos enjugamos nuestras lágrimas con la inocente sonrisa de estas niñas, que cual cándidas palomas cantan y sonrien en medio del huracan y las tormentas. No extrañeis, por tanto, que haya empezado mi discurso bendiciendo al Dios, que en medio de tantos pesares nos da treguas para que nos reanitemos y no sucumbamos bajo el cruel yugo de la desesperacion. Solo El, con su divina religion, pudo darnos el grandioso espectáculo que tenemos delante de los ojos; esas jóvenes, radiantes de inocencia y alegría, que veis en torno mio conmoviendo mi corazon á la par que el vuestro, no son las viles esclavas del paganismo, ni el ludibrio del cisma y del protestantismo, sino las vírgenes del cristianismo que derramarán mas tarde, luz, paz y felicidad en la iglesia, la patria y la familia, y serán un apoyo firmísi-

mo de esa religion sacrosanta que ha elevado á la mujer tanto quanto la impiedad y las pasiones la habian humillado y envilecido. Sí, señores, ellas son la mas bella esperanza que abrigo en mi pecho, porque estoy íntimamente convencido de que tanto los males como los bienes, le han venido al mundo de la mujer, y por lo mismo, no me juzgareis extravagante, si despues de probaros con la historia esta verdad, deduzco que la felicidad de México estriba en la educacion de la mujer. Prestadme vuestra atencion.

PRIMERA PARTE.

Señores.—Cuando levanto la frente y fijo mis ojos en el firmamento, no es su azul ni sus lumbreras en las que reconozco á Dios, sino en el maravilloso orden que allá reina, en el admirable equilibrio que sostiene esas inmensas moles, y en la regularidad de sus fuerzas y de sus movimientos. Otro tanto me sucede al examinar nuestro planeta y cuanto en él existe, menos el hombre y su compañera, pues aunque de una misma especie y naturaleza, son tan diferentes en sus cualidades y perfecciones, que parece les falta la armonía y el equilibrio. Esto no era posible en la obra maestra del Criador, y por lo mismo al formar á la mujer, la hizo tanto mas poderosa por sus atractivos y sus gracias, quanto el hombre es mas fuerte que ella por la fuerza y la autoridad, de donde resulta, que la mujer que es mas débil que el hombre como ente fisico, es mas fuerte que él como ente moral; razon por la cual vemos que de derecho el hombre manda, pero de hecho la mujer consigue atraer al hombre á su voluntad, y aun imponerle sus mismos caprichos y dominarle. El perfecto Adán, el fuerte Sanson, el astuto Sisara, el piadoso David, el sábio Salomon y el feroz Olofernes, son testigos de esta verdad, pues no obstante su grandeza y poderío, se hicieron esclavos y juguetes de débiles mujeres. El gran poder moral de la mujer sobre el hombre, tanto para el bien como para el mal, lo ha consignado la Escritura Sagrada en los términos mas claros y enérgi-

cos. Oid lo que se lee en el capítulo vigésimoquinto del Eclesiastés: “Es menos peligroso encontrarse con una leona ó con un dragon en su misma cueva, que habitar con una mujer mala en una misma casa. Habitar con una mujer tal, es tener en la mano un escorpion. Toda maldad es una cosa muy pequeña en comparacion de la maldad de la mujer cuando ella es mala.” Un capítulo mas adelante, nos dice el sábio: “La belleza de la mujer buena regocija y embellece la casa, como el sol al nacer regocija y embellece al universo. Es una lámpara colocada sobre un santo candelabro, que esparce en torno suyo el resplandor de la santidad. A la manera que los cimientos de un edificio fundados sobre un terreno firme son eternos, así tambien los mandamientos de Dios en el corazon de una mujer santa son incontrastables.” La mujer de Tartaria, atada á la puerta de su casa con larga cadena de hierro; la esposa del indio, arrojándose viva en la hoguera que consume el cadáver de su esposo; las hijas de China, engrilladas con zapatos de hierro desde que nacen, y otras mil costumbres bárbaras, nos indican que el hombre teme á la mujer y reconoce su poder. Si es grande el poder que la mujer ejerce sobre el marido, es mucho mayor con respecto á sus hijos y á sus domésticos, es decir, en la familia, esto es en la mas importante de las sociedades. Lo que la raiz es al árbol, la fuente al rio y la base al edificio, es la familia al Estado y á la Iglesia; de manos de ella recibe aquel sus conciudadanos y ésta sus hijos, y por consiguiente de ella depende la gloria ó la vergüenza, la ventura ó la desgracia del mundo. ¿Y la formacion de la familia de quién depende?

Indudablemente que de la madre, y como nos dice el Dr. Angélico, el matrimonio se llama en latin *matri-monium*, porque se refiere especialmente á la madre, y de ella depende la ventura ó la desgracia, la moralidad ó la corrupcion de la familia. Así, pues, la familia entera no es otra cosa que lo que la mujer la hace, no es otra cosa que un espejo fiel de sus buenas cualidades ó de sus defectos, de sus virtudes ó sus vicios, y por consiguiente la sociedad civil no es otra cosa sino lo que las mujeres la han hecho; no es sabia ó insensata, religiosa ó impía,

casta ó corrompida, sino en proporcion de la castidad ó del libertinaje, de la religiosidad ó de la impiedad, de la sabiduría ó de la lijereza de las mujeres. ¡Ah! Nunca podrá repetirse lo bastante: la fuerza, la grandeza y la felicidad de los pueblos depende de una manera muy especial de las mujeres. El hombre, tanto en lo moral como en lo físico, es como su madre lo ha formado; ella le ha dado la vida del cuerpo con su sangre y la de la inteligencia con sus palabras; ella es su primer misionero, su primer apóstol, su primer evangelista; ella, como madre, cristianiza al hombre niño; como hija, edifica al hombre padre; como hermana, corrige al hombre hermano, y como esposa, perfecciona al hombre esposo. Desempeñando la mujer un papel de tal importancia, no hay duda que de ella depende el bien y el mal en la sociedad. El mismo Horacio reconocía esta verdad, y por eso les decía á los Romanos: "Por mas que hagais no os librareis de las grandes desgracias que os amenazan. Roma está arruinada porque sus mujeres están corrompidas." Quien habla de esta manera, aunque sea epicúreo, pronuncia la gran verdad, de que, cuando la corrupcion no llega mas que al hombre, no se ha perdido todo, porque el hombre puede ser mejorado por la mujer; pero cuando la corrupcion ha llegado hasta la mujer, nada hay que esperar, porque la mujer no puede ser restaurada por el hombre. La mujer es la fuente de la vida social, es el corazon de la sociedad, y las aguas emponzoñadas en la fuente no pueden ser purificadas, y las enfermedades del corazon son incurables. La triste prueba de esta verdad la encontraremos, registrando la historia de todos los errores y herejías que han existido, los cuales han sido engendrados por el hombre, pero concebidos, criados y establecidos por la mujer.

Dejando á un lado los primeros tiempos, y remontándonos solamente hasta la antigua Roma, entonces reina y señora de todo el mundo, la encontramos fuerte y poderosa, pero guardando en el seno de sus academias la inmundia polilla del epicurismo, que habia carcomido y derribado á la soberbia Atenas. Así permaneció por mucho tiempo; pero apenas pasó esta semilla al corazon de

las mujeres, cuando se extendió al grado de que las mas contaban sus años por el número de sus maridos, y entonces sí, bajaron sus alas las atrevidas águilas y fueron sepultadas bajo las ruinas del gimnasio y las termas.

En Oriente, vemos á los gnósticos propagando sus errores, por medio de mujeres notables por su belleza y desenvoltura. El arrianismo debe sus estragos á Basilea, digna madre de Juliano Apóstata. Eudoxia, horrible monstruo de avaricia y libertinaje, enemiga acérrima de San Juan Crisóstomo, fué el firme apoyo de los nestorianos; así como la impúdica Teodora, sostuvo la causa de los eutiquianos ante su esposo el emperador Justiniano. Nadie ignora tampoco el papel tristemente importante que la mujer representaba entre los montanistas, priscilianistas, donatistas, arrianos, y en estos últimos tiempos aun entre los jansenistas y sus dignos primogenitores los protestantes, nuevos apóstoles, salidos de los jardines de Epicuro y desposados en el altar del incesto, con el anillo del sacrilegio y la bendicion de Satanás. Tampoco nos es desconocido el origen del protestantismo en Inglaterra y su engrandecimiento, y en ambas cosas vemos figurar á la mujer, pues Ana Bolena fué su origen y Elizabetha su coronacion. El calvinismo, armado con el decreto de la abolicion del celibato eclesiástico en una mano y la ley del divorcio en la otra, fué como hizo su entrada triunfal en Suiza, y Juana de Albret, en medio de su libertinaje, no encontró mejor velo para cubrir sus infamias, que introducirlo en Francia. Finalmente, si el filosofismo tuvo tanto séquito en Francia, fué porque quisieron ser teólogas, segun Voltaire, y filósofas, segun Rousseau, y se hizo moda entre ellas, como lo atestigua el club de Holbach, que siempre celebraba sus sesiones en presencia de las mujeres.

Basta lo dicho para conocer el gran poder de la mujer en cuanto al crimen y el error. Examinemos ahora su grande influencia para obrar el bien y hacer felices á los pueblos.